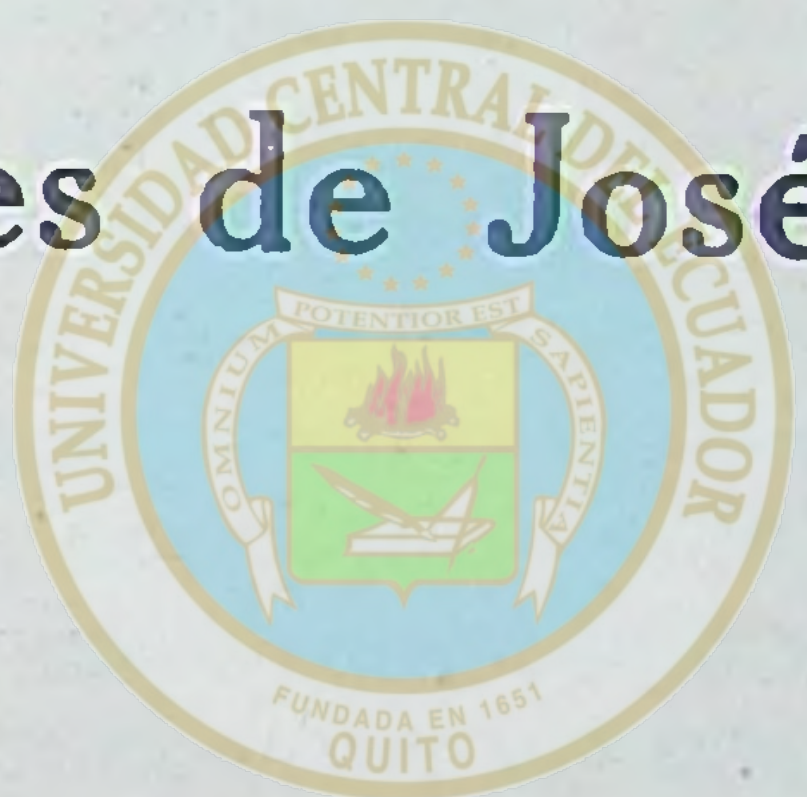


AUGUSTO ARIAS

Los viajes de José Martí



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LOS VIAJES DE JOSE MARTI

Cuando José Martí llega a Venezuela, en 1881, resume ya los valores precoces del hombre de América cuyas raíces se afianzan en la tierra española, pero la flor de cuyo sentimiento mundonovista quiere abrirse con entereza de libertad a los vientos caribes. Si es autobiográfica, de modo tácito o expreso, la obra del escritor, Martí es uno de los que con aciertos de la más neta ingenuidad, dentro de las formas modernistas que su verso insinúa y su prosa musical y colorida establece y consagra, ha definido su trayectoria, desde las cepas familiares, valenciana y canaria, y su voluntad de la patria independiente, sin que signifique desapego de la peninsular abuela:

"Quiero a la tierra amarilla
que baña el Ebro lodoso:
Quiero el Pilar azulado
de Lanuza y de Padilla.

Amo los patios sombríos
con escaleras bordadas;
amo las naves calladas
y los conventos vacíos.

Estimo a quien de un revés
echa por tierra a un tirano:
lo estimo si es un cubano;
lo estimo si aragonés.

Amo la tierra florida
musulmana y española
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida".

Para entonces, de su camino que puede decirse heroico, quedan reveladoras pruebas; altos de afirmación y desencanto; jornadas que se anticipan a la resistencia de sus años; itinerarios de observación y de presentimiento que parecen corresponder a una fuerza predestinada, a la capacidad de un visitante del mundo que quisiera verlo todo para comparar y discernir, y que, guiándose por el sino del pros crito, dá con sus plantas y sobre todo con el índice de su concitador atisbo, en los países de América a la que llamara "nuestra", como redescubriéndola en su fisonomía varia y unificada, y señalándola para un porvenir que todavía no llega a cumplirse enteramente, porque el sueño de Bolívar y el suyo, esperan la edad en la cual los hombres de nuestras lindes ya no puedan llamarse extranjeros, entre la fatiga de las aduanas y las clasificaciones inmigratorias.

José Martí, salido de la angosta casa de su nacimiento en la calle habanera de Paula, estudiante en la escuela de Mendive, ha sido ya un preso adolescente por sus ideas relativas a la libertad de Cuba. La marca del grillete se ha impreso en el tobillo niño, y el primer viaje, en la colonial Habana, se ha cumplido a pie, para resistir a los ardores tropicales, desde la cárcel de La Fuerza hasta las canteras de San Lázaro en donde rompería la piedra caliza al golpe de su pico de condenado. Después, el destierro, —el regreso también para un hispanoamericano, y más en su caso por la cercanía inmediata de la sangre—, a España, a los madriles en los que se prueba en sus devociones literarias o a la estancia aragonesa en donde completa sus estudios universitarios. Y a poco, salvando la guardia filuda de los Pirineos, a la "dulce" Francia, a París, que tuvo para el viajero de todos los tiempos las calidades de la brújula o los atractivos de la sirena, y que en aquellos días acariciaba, por sobre sus prestigios seculares, los de la revolución de clamoroso ejemplo, al lado de las ramas detonantes del romanticismo y si brillaba aún con Víctor Hugo, también un poco "padre y maestro mágico", comenzaba a entreabrir sus imágenes simbolistas; golpeaba sobre la piedra estatuaria de sus parnasianos, y si con discreta cortesanía en la Plaza de la

Opera, si severa en el Louvre o preciosista en los jardines de Versalles, plantaba sus faroles de breves pedestales sobre el puente de La Concordia, por entre cuyos arcos bajitos iba el Sena, oscuro y susurrante, como rizado por una eterna brisa, agua de versátiles reflejos, de suspiros náufragos, de embrujamiento y de muerte.

A José Martí, —adelantado siempre en el sentido de la penetración como también en el de la sinceridad—, le fué dable medir el espacio de las comparaciones desde su primer conocimiento de Europa. Al cabo de su segundo viaje a España, quedaríase en América, advirtiéndole que su quedarse es palabra que cobra la más íntegra virtud. En México, la Nueva España, el escritor y el patriota, el poeta y también el hogareño, —no obstante la errabundez a la que le sujetó su existencia de milite—, alcanza dimensiones completas. Ya es la suya, aquella prosa relampagueante que conquistará a los nuevos, dejando una brecha de luz de lo no alcanzado en sus amigos de la estirpe que pudiera decirse clásica, aún cuando él mismo, por los ejemplares rasgos de su letra, marchaba en pos de tan perenne dictado. En México traduce a Hugo, escribe versos y crónicas, visita teatros y encuentra, después, a su compañera doña Carmen Zayas Bazán, para el nupcial sacramento que suele enredar el azahar con los azares de la vida. Luego será Guatemala, tan recordada en uno de sus ensayos que aligera las notas del andar y del ver con una revoltosa brisa de premoniciones, con un gusto a la vez alacre y sentencioso. Así marcha entre las antigüedades de Guatemala y sus motivos modernos. Dicta clases en su escuela normal, promueve discusiones literarias y estéticas, y, por cierto, escribe. El quetzal altivo y breve, de "ojo de oro", asciende a su historia natural como el libre personaje de una digna gallardía a quien no puede sujetar ignominia alguna, y para su anécdota y su poema, para el amor sin tregua, la figura de María García Granados, se levanta móvil y delicada, entrándose de noche en el río, la niña de Guatemala, la que "murió de amor".

A su regreso a Cuba, ya configurada, en gran parte, su devoción de América, faltarán solamente tres años para que la proa de su barco, hendiendo los surcos añiles del Caribe, apunte hacia la Guayra, para uno de los altos de más memoria de quien se afirmó en la fé de los principios del caraqueño Simón Bolívar, y de cuya obra es uno de los más lúcidos continuadores, si por la removedora, poética palabra, si

también por su gallarda marcha, a la cabeza de la tropa mambisa, para encontrarse con la muerte de plomo que Homero señalaba para esa aurora cenital de los corazones heroicos.

Las notas de **Un Viaje a Venezuela**, crónica o más bien ensayo de relaciones y sugerencias, de fervor, y en este caso de amor que no excluye, cuando los hay, los puntos de reparo, constituyen un manojo de páginas que según sus editores sagaces habrían sido escritas, originariamente, en francés. En ellas, el Martí de la prosa anunciadora, logra unir los recuerdos como si estuvieran vivos; marcha con los trazos prontos del paisajista, pero para que los cuadros y los seres, las figuras y el ambiente alcancen movimiento, realidad, suele llamarles desde una entraña cuajada de felices evocaciones, vale decir de sensibilidad sin desmesura pero también sin tregua.

Ha visto, como de paso, a la isla de Curazao en cuyos caracteres despersonificados encuentra la desigualdad que se asienta en áridos perfiles, y señalándola como a ciudad a la que "hay que ver de lejos", le suenan todavía, en sus remembranzas, las palabras del **papiamento**, "un dialecto mezquino sin fuerza ni gracia", que es el español con terminaciones holandesas.

Pero al ascender, de la Guayra todavía despoblada y con muelles elementales, por los caminos del Avila, en viaje al valle de Caracas, soplan en su espíritu las brisas auténticas de América a la que también llamara madre, y ya prefigura su entrevista con la ciudad de los épicos signos, del espíritu propicio y de la privilegiada geografía que le ha puesto como en actitud de rosa de los vientos, tanto entre los países nuestros como en la confluencia de los cuatro puntos cardinales.

Cuando ordena sus notas o las desenvuelve más bien en una libre armonía, la presencia de Venezuela es de las más vivas: "Venimos de esa tierra que vió nacer a Bolívar, aquel hombre a quien Washington amó, y que fué menos feliz que él, pero tan grande como él: nuestros caballos han pastado la yerba que ya antes habían comido los caballos de aquel formidable héroe, cuyas proezas deslumbraban como relámpagos, cuyos soldados, sin más naves que sus inquietos corceles de guerra, lanzáronse al mar, sitiaron y apresaron a los barcos españoles: venimos de esa tierra en que nació el intrépido centauro, el hombre de la casaca roja, de ancho co-

razón, de mirada centellante, que murió entre nosotros hace algunos años, José Antonio Páez”.

En muchas veces, en artículos para periódicos de Nueva York, en oraciones animadas con la imagen vibrante, estará retratando a Bolívar, dándole pavés en las montañas de América, buscando así para su gloria como para su infortunio, las metáforas de nuestra bella y tumultuosa naturaleza. Por eso la biografía de Martí sabe y afirma que su primer alto caraqueño fué frente al bronce del flaco don Simón, ascendiente suyo en el sino de la belleza y de la lucha: “...Y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó donde se comía ni se dormía, sino como se iba a donde estaba la estatua de Bolívar...”

Desde el montículo del Calvario divisa Martí a la ciudad de Caracas, recostada y entonces quieta, con sus escasas cúpulas y sus torres sin ambición de altura. Bajo los vientos del Avila y bañadas por un sol brillante, las casas ofrecen el tono rojo de sus tejados, alineadas con regularidad, con sus patios longitudinales o con sus cuadrángulos para concitar la luz, en donde revientan, a veces, las granadas. Casas que miran con sus rejerías de recuerdo andaluz, desde el salón de no excedentes dimensiones, en el cual, casi siempre, el clave de la tradición caraqueña espera “la mano de nieve” que sepa volar sobre su marfileño teclado.

“La Jerusalén de los sudamericanos —llama José Martí a Caracas—, la cuna del continente libre donde Andrés Bello, un Virgilio, estudió; donde Bolívar, un Júpiter, nació, —donde crecen a la vez el mirto de los poetas y el laurel de los guerreros”.

Difícil elegir entre las notas de aquel ensayo alentado por las expresiones de la preferencia y el afecto. Apunta objetivos caracteres, pero su raro don de armonía resalta los matices del espíritu, la gracia subjetiva de los parajes y de las personas. “Como paisaje no hay nada más bello— dice de Caracas—. Los vestidos de color vivo, al sol de la mañana, asemejan de lejos flores movedizas, mecidas por el aire agradable en la larga calle. El aire, siempre húmedo y sabroso, está cargado de perfumes del día que nace, de la iglesia que se abre, de las mujeres que se pasean. Y los pies de las mujeres son tan pequeños que toda una familia podría posarse sobre una de nuestras manos. La caraqueña es una mujer notable. Estas mujeres poseen el don de detener a los hombres audaces con una sonrisa. Se habla con

ella ante las ventanas abiertas. Se siente uno embelesado, y pleno de fuerza, y borracho de una dulce bebida”.

Se dijera que van aliándose en tales apuntes de poesía y verdad, —demasiado sabía Martí que aquella constituye la sublimada esencia del conocimiento—, el madrigal y el epigrama, la descripción que buscara los tonos propios y el milagro de ir hacia los paisajes anímicos, en este caso a los del espíritu de la caraqueña, dulce y sobria, recatada y expansiva a la vez.

“La ciudad, —escribe—, es bella. Constantemente se construyen casas espaciosas, de una sola planta, en cuyo patio, entre dos grandes macetas, un chorro de agua se eleva y cae sobre un elegante estanque, como en Sevilla. Bellas riberas, de altos bordes tapizados de un aromoso verdor, serpentean entre las calles, prolongadas por todas partes por sólidos puentes... La ciudad, rodeada de montañas, está construida sobre un valle apacible y sereno, bañado por un ancho y tranquilo río, por el noble Guayre: río de ninfas; hay también otro río, tortuoso y caudaloso, ruidoso e inquieto, el Cutuche, y aún uno más, apacible como su nombre, el dulce Arauco, que hace pensar en una guirnalda de flores”.

En Caracas trabaja, observa, relaciona la vida del recuerdo, volviendo al corazón las emociones y las memorias; profesa y conversa; afirma amistades e influye en los medios literarios de su tiempo.

De Venezuela, de América, hablará en los dos números de su “Revista Venezolana” editada en Caracas en 1881. Y allí dirá que Arístides Rojas vá con la América a cuestas. Y Cecilio Acosta con sus proféticas visiones. Y Soubllette, el reposado, con su palabra clásica. Y si Eduardo Blanco, como caballero de la gloria, Núñez de Cáceres con su obra varia y nueva. “Con cítara de oro, colgada de caléndulas, dirá Eloy Escobar sus cosas tristes; y con daga de señor, más que con plectro, tañerá la suya el caballeresco Diego Jugo; cantará Francisco Pardo sus arrogantes versos, de alas grandes de luz; y cubrirá de rosas de Fíngal a nuestros bravos el culto Tejera; y los ensalzará con entusiastas voces Arismendi y Julio Calcaño dará a los vientos su flexible lira y Arvelo sus sinceras, dulces cántigas...”.

Estudia el Poema del Niágara, en donde se levantan las imágenes de una nueva épica de América; borda comentarios a Los Arabescos de Eduino de José Antonio Calcaño o se detiene frente a la estatua de Bolívar modelada por el ve-

nezolano Cova, "cuya cabeza, armoniosísima, sonríe" o desde las columnas de "Patria" de Nueva York se rinde al elogio del mismo artista a quien dominaba "la sed de lo grande", con oportunidad de su relieve Alba de Cuba, en el cual había señalado, con aquellas sus poderosas síntesis de profunda visión, "la delicadeza de una aurora y la hermosura de un deseo que comienza a cumplirse". Y es que se veía en su propio anhelo, en su gesta, porque tal alba antillana, figurada en la faz de una bellísima criatura "vestida con su propia cabellera", alzaba con sus brazos arrogantes "y a medio quebrar una cadena...".

Pero de la inmortalidad, de la ligereza suscitadora y ejemplar de sus páginas, hay unas, de crítica aguda, de sobria pureza de medallón, de miga biográfica, de evangélico tono, las consagradas a Cecilio Acosta. En anterior ensayo hemos dicho que no hay línea perdida en tal estudio y que si sólo hubiera escrito ese capítulo, sería para tenerlo entre los mejores prosistas de América. Para calificar la integridad de Acosta, la forma entera de su inteligencia, considera que en él no reñían la odre clásica y el mosto nuevo; que sus resúmenes de pueblos muertos son nueces sólidas, cargadas de las semillas de los nuevos. Para ponderar la fuerza de su corazón, hasta revela el testimonio de que "se tenía a mal que amase tanto" y para referirse a su perenne vigilancia, escribe una frase que hubiera podido aplicarse a su misma calidad de huésped insomne: "Era de los que quedan despiertos cuando todo se reclina a dormir sobre la tierra". Las líneas de aquella especie de apretado epílogo de su elogio, hemos reproducido en nuestro ensayo —**José Martí**—, como las que serían íntegramente dignas de las condiciones casi impares del apóstol cubano:

"Este fué el hombre, en junto. Postvió y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vió por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró a lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro; pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió a la tierra y amó al Cielo. Quiso a los hombres y a su honra. Se Hermanó con los pueblos y se hizo amar de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser Ministro de Hacienda y sacerdote, académico y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida a su servicio una gran fuerza que es la de los niños:

su candor supremo; y la indignación, otra gran fuerza. En suma: de pie en su época, vivió en ella, en las que le antecederon y en las que han de sucederle. Abrió vías que habrán de seguirse; profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud y la redención por el trabajo. Su pluma, siempre verde, como la de un ave del Paraíso, tenía reflejos de cielo y punta blanda. Si hubiera vestido manto romano, no se hubiese extrañado. Pudo pasearse, como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol. Los que le vieron en vida, le veneran; los que asistieron a su muerte, se estremecen. Su patria, como su hija, debe estar sin consuelo; grande ha sido la amargura de los extraños; grande ha de ser la suya. ¡Y cuando él alzó el vuelo tenía limpias las alas!"

Para los perfiles de un diálogo ciceroniano como el De la Amistad, servirían las fecundas conversaciones entre José Martí y Cecilio Acosta. Este, sedentario, en un aislamiento puro, decurría entre sus libros y sus evocaciones, en su casa de Velásquez a Santa Rosalía, N° 103, en la vieja Caracas, y a ella acudiría el cubano, para franquear la puerta de cedro en cuyo dintel había un respiradero de forja, con sus largas ventanas de rejas perpendiculares, con las habitaciones sobrias y la biblioteca del que transitó por todos los libros de la antigüedad y del presente.

Por más que no hubiera sido dilatada la estancia de José Martí en Caracas, allí es numerosa la huella de sus pasos y fértil, removedor, el surco de sus actividades. Retuviera su sombra el patio abierto y nemoroso de la casa de la Plaza de Altagracia en donde funcionaba la pensión de Mercedes Smith de Hamilton. Conservaran las imágenes de su inmantada presencia los claustros del Colegio de Guillermo Tell Villegas en donde dictó clases de oratoria a la juventud venezolana, como se sabrá, por todas las generaciones que alcen los ojos a la lápida que guarda tal recuerdo...

Parece indudable que los días caraqueños de Martí, si contados y precarios, si cruzándose en parte con el desencanto y el presentimiento, no dejaron de ser, por sobre los vacíos infaltables del hombre y más aún si de corazón tan alerta se trataba, de una felicidad que se concierta con el recibimiento de los espíritus inteligentes y sensibles, y el juicio de certeras dimensiones que la capitalidad venezolana sabe trazar en la mayor parte de las veces para quienes se acercan a su vera generosa.

En sus artículos, en sus cartas, no deja de respirar la

nostalgia, y cuando a Caracas se refiera, empleará, para describirla, las más finas tintas y ha de surtir de su intimidad, para el valle del Avila, su rasgo lírico más afilado y grato. "¿Ni con que corazón quiere Ud que le escriba, si me lo dejé allá todo?, —pregunta en carta a Diego Jugo Ramírez— Aquí he traído la rueda que voltea, y la masa que trabaja; pero allí en donde puse mis esperanzas, y las perdí, allí dejé lo más caro de mi vida. Otros no entenderán esto; por eso yo no lo escribo para otros. Entendería Ud. estas vehemencias mías, si me viera escribir, a despecho del pensamiento presuroso que me las empuja, estas letras menudas y correctas: a pesar del buen fuego que arde en mi cuarto, tengo mis manos heladas" . . . Está en Nueva York y si no es el hierro bursátil, la arquitectura de ya elevados y fríos lineamientos, lo que le hiela las manos, extraña el Valle Real "más bello que los de Claudio de Lorena, en que levanta a la falda del Avila azulado, su pintoresco caserío Caracas".

Allí escribió su cantilena paterna del **Ismaelillo**, acuciado por esa ternura que constituye algo de lo más cierto de su misma fuerza de convencer y la delicada almendra del alma en la cual estaba sustentándose el oculto dominio de la irresistible atracción a la que se han referido todos cuantos le conocieron.

A su amigo Jugo Ramírez le escribe gozoso de haber logrado despertar con sus versos "tan tiernos y amorosos sonetos a su lira". Estos quedarán, le dice, entre los lares de su casa, ya que declara vivir de "esas cosas", como otros viven "de oro y de palacios".

En sus horas de Caracas, al amparo de brisas tonificadoras, se completó el parvo libro de poemas del Ismaelillo, en el que repasa su hijo, revisto como hacia dentro de su propia existencia, observado en los aleteos del corazón infante que él mismo se sabía aún, a prueba de los azotes del infortunio y de las rachas del hogar transeunte. Versos en cuyo metro hay la delgada intención del cuento breve, de la lírica tierna y la imagen se hace más dulce y quizá pequeña, de levedad, de consistencia niña.

"De intento —dice en su carta a Enrique José Varona—, dí esa forma humilde a aquel tropel de mariposas que en los días en que lo escribí me andaban dando vueltas por la frente. Fué como una visita de rayos de sol". Y a Gabriel Zéndegui, para explicarle la dulzura, la suavidad de ese bro-

te poético nacido en tierra caraqueña: "No sé si he acertado a dar forma artística al tropel de visiones aladas que cuando pienso en él me danzan en torno de la frente. Ni si en esta vez, que dormí en almohada de rosas, pudo olvidar mi cabeza la almohada de piedra en que usualmente duermo".

Sería justo afirmar que si la entrevista de Martí con América es una de las más directas, de resoluciones heroicas, realística y visionadora al propio tiempo, sus días de Caracas se marcan con los rasgos más hondos y felices de su itinerario sentimental. El diálogo con Bolívar casi define la profundidad y la altura de su destino. Frente a su maestro ecuestre, Martí llega a las lágrimas, y cuando marche para la tarde final de Dos Ríos, será un ginete sin desmayo, como Don Simón, como en antes, por las leguas de la locura y de la inmortalidad, el Quijote vencido e invicto. "No está lejos Caracas, ni yo he de desamarla nunca, —dice en una de sus epístolas a su entrañable Diego Jugo—. Con cinco justos se hubiera salvado una ciudad sagrada: y en esa ciudad sagrada hay más de cinco justos. Ud., es uno . . .". Y no llegará solamente a ese tratamiento excepcional, si no que ha de declararse filialmente dispuesto cuando completa su rotunda frase: "Deme Venezuela en que servirla; ella tiene en mi un hijo".

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Quito, Diciembre de 1954.